

EL CÓDIGO DE COMPORTAMIENTO GILLETTE

Fuera de la serie

(un código entre códigos)

“Las palabras te dicen quién desea ser una persona. El comportamiento te dice quién ha sido durante el tiempo suficiente para llegar a serlo”.

I. El código de comportamiento

De todos los códigos que rigen la vida de los hombres, el del comportamiento es quizá el menos observado y el más presente. No está escrito en las leyes. No aparece en los reglamentos. No se enseña abiertamente en las escuelas. Y sin embargo acompaña a cada individuo desde el principio hasta el final de su existencia — moldeando elecciones, reacciones, simpatías, distancias, silencios e incluso errores.

Cuando hablamos de los pueblos del mundo, describimos culturas, tradiciones, costumbres, creencias. Cuando hablamos del individuo, la explicación suele confiarse a dos grandes pilares: la genética y la educación. De un lado lo que se hereda, del otro lo que se aprende. Es una explicación ordenada, tranquilizadora y en parte correcta. Pero la vida real muestra algo más complejo. Personas criadas en la misma familia desarrollan comportamientos radicalmente distintos. Individuos de culturas lejanas reaccionan ante los acontecimientos de maneras sorprendentemente parecidas. Hermanos educados por los mismos padres toman caminos opuestos, mientras que desconocidos nacidos en continentes distintos parecen compartir la misma lógica interior.

Algo, pues, escapa a las clasificaciones más fáciles. Es lo que yo llamo el código de comportamiento. No se ve a primera vista. No es elegante como un traje de firma, ni vistoso como la riqueza exhibida, ni reconocible como un acento o una lengua. No deja ninguna marca visible en el rostro de una persona.

El código de comportamiento vive en otra parte. En la manera en que alguien afronta una dificultad. En la rapidez con que concede su confianza. En cómo maneja el poder una vez que lo tiene. En la elección de cumplir una promesa o de romperla. En la capacidad de esperar — o en la incapacidad de hacerlo.

Dos personas pueden decir las mismas palabras y hacer el mismo gesto. Y sin embargo el código que las mueve puede ser completamente distinto. El comportamiento visible es solo la superficie del fenómeno. Lo que observamos cada día no es el código, sino su efecto. Como el viento, que nunca se ve directamente pero se revela en el movimiento de los árboles, el código se deja adivinar a través de las acciones, las recurrencias y las elecciones que una persona hace a lo largo del tiempo.

Su rasgo más interesante es la estabilidad. Las opiniones cambian. Las ideologías cambian. Las profesiones cambian. Hasta las convicciones más profundas pueden desplazarse a lo largo de una vida. El código de comportamiento, en cambio, tiende a conservar una estructura reconocible. Puede adaptarse, afinarse, madurar o degenerar, pero rara vez desaparece. Por eso algunas personas siguen siendo fiables incluso cuando lo pierden todo, mientras que otras se vuelven imprevisibles en cuanto ganan algo. Por eso el carácter aflora sobre todo bajo presión, cuando las máscaras sociales se aflojan y la estructura interior toma el mando.

Observar el código de comportamiento es, por tanto, observar al ser humano en la continuidad de sus actos, no en la excepción de sus palabras. Las palabras pueden prepararse. Los comportamientos, a la larga, mucho menos. Por eso el código es uno de los mapas más valiosos para comprender a los individuos, las organizaciones, las comunidades e incluso las naciones. No describe lo que una persona declara ser, sino aquello en lo que tiende a convertirse cuando la vida la pone a prueba. Y entre el pensamiento y la acción hay a menudo toda la distancia que separa la intención de la verdad.

Da unos pasos atrás y vuelves a la primera casa — al origen. A seres humanos que no poseían teorías, que nada sabían de psicología, de sociología ni de genética. Solo poseían la necesidad de sobrevivir. En aquel mundo primitivo la reacción no era todavía una elección cultural ni un interés personal. Era una respuesta a la vida misma. El código de comportamiento empieza probablemente ahí: en la observación, en la adaptación, en la capacidad de leer el peligro, la confianza, la distancia y la pertenencia. Mucho antes de que los hombres aprendieran a explicarse, ya habían aprendido a reaccionar. Mucho antes de las religiones, las naciones, las profesiones y las ideologías, ya había individuos que afrontaban el mundo de maneras distintas. Unos observaban antes de actuar; otros actuaban antes de observar. Unos tejían alianzas; otros preferían la soledad. Unos compartían el fuego; otros lo defendían.

Quizá el código de comportamiento sea exactamente eso: una memoria profunda que atraviesa el tiempo sin escribir nunca su propio nombre. Cambia la ropa, cambian las lenguas, cambian las tecnologías — pero algo sigue volviendo en las elecciones humanas como una firma antigua e invisible.

Por eso siempre he mirado menos las declaraciones y más las recurrencias. Menos las intenciones y más las consecuencias. La gente te dice quién le gustaría ser; su comportamiento te dice quién ha sido durante el tiempo suficiente para llegar a serlo.

Esto no es un ensayo antropológico, ni un tratado médico, ni un análisis social. Es el punto de vista de un hombre que ha atravesado personas, países, profesiones y estaciones de la vida, observando lo que hacen más que lo que declaran.

Y así, cuando aparece ante ti el portador de un código distinto del tuyo, no te impresiona por lo que dice. Te impresiona por cómo lo dice. Por esa distancia casi imperceptible entre el gesto y la palabra. Por esa naturalidad que no se puede imitar mucho tiempo. Por ese silencio que llega antes de la respuesta. Por esa elección que se repite en el tiempo hasta hacerse reconocible. Y quizá, después de contarte una historia, solo pide un dólar por ser escuchado — porque sabe que el valor de un relato no es el precio que recibe, sino el comportamiento que consigue dejar tras de sí.

II. Epílogo

El código nunca escribe su nombre. Y sin embargo firma cada elección que haces.

III. Página del autor

Esta obra no fue un encargo.

No se vendió.

No se hizo con fines comerciales.

Se escribió para dar testimonio del valor del conocimiento de uno mismo, del carácter humano y de la callada arquitectura de la mente que ningún diagnóstico alcanza a nombrar del todo.

El único honorario que se pide es un dólar simbólico — no como pago por la obra, sino como testimonio de un compromiso compartido con una cultura de la observación, la honestidad y el cuidado.

Ferdinando